FUERZA DEL MANZANARES

Por MIGUEL HERNANDEZ

Nací en Orihuela hace veintiseis años. He tenido una experiencia del campo y sus trabajos, penosa, dura, como la necesita cada hombre, cuidando cabras y cortando a golpes de hacha olmos y chopos, me he defendido del hambre, de los años, de las lluvias y de estos veranos levantinos inhumanos de ardientes. La poesía es en mí una necesidad y escribo porque no encuentro remedio para no escribir. La sentí, como sentí mi condición de hombre, y como hombre la conllevo, procurando a cada paso dignificarme a través de sus martillerazos.

Me he metido con toda ella dentro de esta tremenda España popular, de la que no sé si he salido nunca. En la guerra, la esgrimo como un arma, y en la paz será un arma también aunque reposada.

Vivo para exaltar los valores puros del pueblo, y a su lado estoy tan dispuesto a vivir como a morir.

La voz del bronce no hay quien la estrangule:
mi voz de bronce no hay quien la corrompa.
No puede ser si que el silencio anule
su soplo ejecutivo de pasión y de trompa.
Con esta voz templada al fuego vivo,
amasada en un bronce de pesares,
salgo a la puerta eterna del olivo
y dejo dicho entre los olivares...
El río Manzanares,
un traje inexpugnable de soldado
tejido por la bala y la ribera,
sobre su adolescencia de juncos ha colgado.
Hoy es un río y antes no lo era:
era una gota de metal mezquino,
un arroyo apenas transitado,
sin gloria y sin destino.
Hoy es una trinchera
de agua que no reduce nadie, nada,
tan relampaguante que parece
en la carne del mismo sol cavada.
El leve Manzanares se merece
ser mar entre los mares.
Al mar, al tiempo, al sol, a este río que crece,
jamás podrás herirlos por más que les dispares.
Tus aguas de pequeña muchedumbre,
oh río de Madrid, yo he defendido,
y la ciudad que al lado es una cumbre
de diamante agresor y esclarecido.
Cansado acaso, pero no vencido,
sale de sus jornadas el soldado.
En la boca le canta una cigarra
y otra heroica cigarra en el costado.

¿A dónde fué el colmillo con la garra?
La hiena no ha pasado
a donde más quería.
Madrid sigue en su puesto ante la hiena,
con su altura de día.
Una torre de arena
ante Madrid y el río se derrumba.
En todas las paredes esta escrito:
"Madrid será tu tumba"
Y alguien cavó ya el hoyo de este grito.
Al río Manzanares lo hace crecer la vena
que no se agita nunca y enriquece.
A fuerza de batallas y embestidas,
crece el río que crece
bajo los afluentes que forman las heridas.
Camino de ser mar va el Manzanares:
rojo y cálido avanza
a regar, más allá del Tajo y de los mares,
donde late un obrero de esperanza.
Madrid, por él regado, se abalanza
detrás de sus balcones y congojas,
grabado en un rubí de lontananza
con las paredes cada vez más rojas.
Chopos que a los soldados
levantan monumentos vegetales,
un resplandor de huesos liberados
lanzan alegremente sobre los hospitales.
El alma de Madrid inunda las naciones,
el Manzanares llega triunfante al infinito,
pasa como la historia sonando su renglones.
Y en el sabor del tiempo queda escrito.